

Jamás consiguió una dinastía duradera el Oriente semítico¹, si se comparan con ella nuestras únicas y maravillosas casas reales de la Edad Media, y especialmente las de los Capetos, encarnación de Francia durante ochocientos o novecientos años. En Oriente, la decadencia llega pronto. El auge de una dinastía sólo abarca dos o tres reinados. El intento de Mehemet-Ali, visto nacer y morir por el siglo XIX, nos da referente a esto una medida de la cual pocas veces se ha pasado. En ocasiones, incluso el mismo fundador columbra en el horizonte los nubarrones negros que amenazan a su obra. Casi siempre es triste el fin de los grandes conquistadores asiáticos.

Exteriormente David fue una excepción de esta ley de inestabilidad oriental. Sus descendientes ocuparon cuatro siglos el trono, sin solución de continuidad demostrable. Pero hay que notar que la verdadera obra de David era la fusión de Israel y de Judá, y ésta sólo duró dos reinados. Además, como veremos, el advenimiento de Salomón fue irregular. El mismo David tuvo que vencer muchas dificultades interiores en su vejez. Sorprende esto a primera vista, pero es indudable. El fin del reino de

1. La dinastía otomana que tanto se distingue por su duración de las demás dinastías musulmanas, debe su solidez, no al aislamiento, sino al fondo de fidelidad tártara que caracteriza a los turcos.

David vio desfallecimientos que no se podían entrever con la triunfal entrada en escena del joven rey de Hebrón.

El motivo de esta debilidad de las dinastías orientales siempre es el mismo: la mala constitución de la familia, la poligamia. Ésta, debilitando mucho los lazos entre padres e hijos, e introduciendo en palacio rivalidades terribles, no permite las largas sucesiones por orden del varón y de primogenitura, que han fundado las nacionalidades europeas. A medida que iba envejeciendo David, su harén se convertía en insoportable nido de intrigas. Betsabé, capaz de todas las astucias, había llegado a ocupar el puesto de esposa favorita, y decidió que su hijo Salomón fuese el único heredero de la monarquía de Israel.

En aquel mundo de adolescentes vigorosos, libres de cualquier ley moral, se respiraba una atmósfera tormentosa en la cual se anudaban y desenlazaban sombrías tragedias. Amnón, hijo mayor de David, parecía destinado al trono y excitaba grandes envidias. Estaba completamente dominado por el instinto sexual. Se enamoró perdidamente de su hermana Tamar, hija de otra madre, y fingió estar enfermo para que ella le cuidase. Un día que le llevaba una medicina a la alcoba, la cogió, la violó, y luego la aborreció y la expulsó ignominiosamente. Tamar se refugió junto a su hermano Absalón, y pidió a éste que la vengara.

David actuó con debilidad y no castigó a Amnón, al cual prefería por ser primogénito. Absalón mató a Amnón, y luego se amparó en su abuelo materno Talmai, hijo de Ammihour, rey de Gesur, con el que permaneció tres años.

Absalón era uno de los jóvenes más bellos de su época. De pies a cabeza no tenía ni un defecto su cuerpo. Especialmente su cabellera, era prodigiosa. Todos los años se la cortaba, porque pesaba demasiado. Cortada, pesaba doscientos siclos reales. Moralmente, era un hombre colérico, de temperamento absurdo y cruel. Durante su expatriación en Gesur ideó repetir lo que había hecho su padre: tomar la investidura real en Hebrón como David, expulsar a éste de Jerusalén y gobernar con otros consejeros, en el sentido que deseaban los descontentos.

Absalón no hubiera podido concebir tal idea si no hubiera encontrado apoyo en cierta parte del pueblo y en algunos miembros de la familia real. David se debilitaba al envejecer. Como Augusto, se hacía cariñoso y humano, desde que el crimen no le era necesario. El largo reinado de David provocaba, por otra parte, sordas impaciencias. La tribu de Judá, que le había llevado al trono, se sentía molesta por los favores que concedía a los benjaminitas, antiguos partidarios de Saúl. Aunque parezca raro, Judá, que había sido la fuerza del poder naciente de David, fue el alma de la rebelión de Absalón. El desafecto en Hebrón y en la tribu era general. Los gastos que se hacían para Jerusalén originaban mucha oposición, e indudablemente los mercenarios extranjeros de David provocaban la antipatía inherente a esa clase de milicias.

Otros motivos de perturbación eran los restos de la familia de Saúl. Un tal Semei, que vivía en Bahurim, cerca de Jerusalén, y el mismo Meribaal, aunque muy beneficiado por David, no aguardaban más que una

ocasión para rebelarse. Parientes y deudos de David, como Amasa, hijo de Abigail y primo hermano de Joab, hombres levantiscos como Ahitofel de Gilo, no aspiraban más que a novedades. Absalón concentraba a todos estos diseminados. Amasa estaba en malas relaciones con Joab. Se decía que su padre Jitra era ismaelita y que no estaba casado regularmente con Abigail. Ahitofel, muy aficionado a dar consejos y metido en todos los enredos, era extremadamente peligroso.

Viendo el peligro, Joab trató de reconciliar al padre y al hijo. La ira del anciano rey no podía afrontarse francamente, y Joab empleó un rodeo. Una mujer de Tekoa, a la que había dado una lección, demostró al rey que un padre se castiga castigando a su hijo. Entonces se llamó a Absalón a Jerusalén, y después de largos titubeos se verificó la reconciliación, gracias a las repetidas instancias de Joab.

Una naturaleza agitada no sabe aguardar la fatalidad de las cosas. Absalón quería estar seguro de subir al trono, y deseaba conseguirlo lo antes posible, para lo cual se rodeaba de cierta pompa. Se compró un carro, caballos y tenía cincuenta *sais* que corrían delante de él. Se situaba por las mañanas en los caminos que conducen a Jerusalén y dirigiéndose a la gente que iba a buscar al rey para algún asunto, menospreciaba la justicia real, dando a entender que cuando él gobernase todo iría mejor. Mucha gente le homenajeaba. Con la opinión de que sería rey después de David conseguía muchos partidarios entre aquellos que deseaban ganar algo, siendo los primeros en saludar al sol naciente.

Decidido a romper con todo, Absalón simuló un voto que había hecho a Jehová, estando en Gesur, y que no podía cumplir más que en Hebrón, y David le dejó marchar. Los votos de personas reales, que implicaban matanzas de animales, eran como viajes de recreo, a los que invitaban a los amigos. Doscientos jerusalemitas salieron con Absalón para participar de sus sacrificios y festines. Absalón declaró entonces rebelión abierta, se proclamó rey de Hebrón, y anunció que a la señal de la trompeta sería rey de Israel. Ahitofel de Gilo se unió a su partido. Éste aumentó con sorprendente rapidez. Entre un soberano próximo a morir y un heredero presunto cuyo advenimiento parece cercano, el egoísmo humano no suele titubear. Ni siquiera Jerusalén llegó a ser segura para David, y éste decidió salir de ella buscando un refugio allende el Jordán.

Triste fue la salida de la ciudad. Toda la casa del rey le siguió, excepto diez concubinas que se quedaron para guardar el palacio. Los *Kreti-pleti* y el cuerpo de soldados de Gath, adicto a David, le conservaron fidelidad. David dijo a Ittai el gattita, su jefe, que los extranjeros tenían menos deberes para con él que sus propios súbditos, pero los mercenarios filisteos quisieron seguir a su amo en la desgracia. Empezó el desfile; la tropa pasó el Cedrón llorando y subió al Monte de los Olivos. Allí, según relatos tal vez legendarios, ocurrió una escena conmovedora. Llegaron varios levitas con el arca de la alianza para que acompañara a David, pero éste dispuso que el arca volviera a la ciudad, hecho que se cumplió.

David subió la cuesta descalzo, con la cabeza tapada, y cuantos iban con él lloraban. Al conocer David la traición de Ahitofel, la lamentó mu-

cho, porque Ahitofel era un sabio al que se consultaba como al mismo Jehová. Al llegar David a la cima encontró a Husai, hombre prudente, que se disponía a seguirle, pero el anciano rey, fiel a su política de zorro, quiso que volviera a la ciudad para asistir a los Consejos de Absalón y de Ahitofel, y transmitirle cuanto se dijera, por mediación de Sadok y Abiatar.

Entonces David sufrió todas las pruebas de la mala suerte, engañado por unos y ultrajado por otros. Los descendientes de Saúl tenían sus propiedades en la vertiente del Monte de los Olivos, cerca del camino seguido por los fugitivos. Rencores disimulados a lo largo de treinta años, se creyeron entonces en libertad de estallar. En Bahurim, Semei atosigó a insultos al rey destronado y le tiró piedras. Abisai quiso matar a aquel insolente, pero David hizo gala de una paciencia admirable. La conducta de Meribaal fue equívoca. Cuando se pasó de la cima del Monte de los Olivos, el intendente Siba, que sufría con impaciencia su posición de subalterno, denunció a su amo, haciendo ver a David que Meribaal no había salido de la ciudad con los fieles, indudablemente porque esperaba recobrar la monarquía de su padre. David creyó algo precipitadamente estas insinuaciones y donó en propiedad a Siba los bienes de Meribaal.

Cuando Absalón entraba en Jerusalén, llegaba ya David a las últimas cúspides del Monte de los Olivos. Ahitofel le acompañaba, siendo a manera de su primer ministro. El primer consejo que dio al extraviado joven, fue el de violar a las concubinas que su padre había dejado para guardar el palacio. La toma de posesión del harén del soberano vencido indicaba que se había heredado su poder. Se levantó una tienda para Absalón en la plataforma alta del palacio, y el joven loco «se acostó con las concubinas de su padre, a la vista de todo Israel». Ahitofel, al aconsejar este acto odioso, provocaba un odio mortal entre hijo y padre y hacía imposible una reconciliación cuyas consecuencias podían ser terribles para él. Su segundo consejo (y éste era bastante político) fue el de perseguir a David inmediatamente.

Husai asistía al Consejo e informó a Sadok y a Abiatar de la opinión que había prevalecido para que avisasen a David. Jonatán y Ahimaas estaban situados cerca de la fuente llamada *En Rogel*. Una criada corrió a avisarles y ellos se lo explicaron a David. Éste pasó el Jordán aceleradamente con toda su tropa, y se fue a Mahanaim.

Absalón había designado *sar-saba* a su tío Amasa, hijo de Abigail, que cruzó el Jordán poco después que David. El escenario de la guerra fue el país de Galaad. David, en Mahanaim, estaba rodeado de pruebas de afecto y de respeto. Le mandaban víveres y obsequios de Lodebar, Roglim y Rabbat-Amnón. Sobre todo un tal Barzillai el galaadita, hombre anciano y prudentísimo, demostró gran solicitud. Los sacerdotes, que se abstendían de derramar sangre, pero que tenían otros medios de hacerse útiles, se dedicaron a espiar y llevar noticias.

David, en estos tristes momentos, recuperó su habilidad estratégica. Dividió su tropa en cuerpos de mil y de cien hombres, dio el mando de un tercio a Joab, de otro a Abisai y del otro a Itai, y quiso asistir a la batalla,

pero se lo impidieron. Se quedó a la puerta de la ciudad, con fuerzas preparadas para un caso de peligro, y encargó, al parecer, que se hiciera todo lo posible por salvar la vida a Absalón.

El combate se libró en lo que se llamaba el bosque de Efraím, al noroeste de Mahanaim, y fue absoluta la victoria de los generales de David. El bosque fue fatal para los fugitivos. Los rebeldes se internaron en la espesura, y se realizó allí una gran matanza.

Absalón, adentrado con su mula en un encinar, se enredó en las ramas, la mula se le escapó, y él fue muerto. Metieron su cuerpo en un agujero, cubriéndolo con un montón de piedras. Otro monumento a la puerta de Jerusalén, en el valle de Cedrón, se llamó también de Absalón durante tiempo. Algunos años antes de su rebelión, como no tenía hijos, quiso que un cipo llevara su nombre cerca de la ciudad en que había vivido, y se hizo en vida un *iad* que le sobrevivió bastante.

Una vez más mostróse David desconsolado ante una muerte que le sacaba de un apuro, y se relataron los hechos de modo que no le alcanzase responsabilidad. Todo el ejército desfiló por delante del anciano rey, sentado en medio de la puerta de Mahanaim. Se salvó la monarquía y con ella hasta el destino de Israel. Si el reinado del fundador de Jerusalén hubiera terminado tan tristemente, no habría llegado David a ser el personaje legendario que conocemos, ni Jehová habría sido el dios fiel para sus fieles, el dios a quien es bueno servir, por ser el más seguro.

Al enterarse Ahitofel y los rebeldes, dueños de Jerusalén, de la victoria de David, se desbandaron. Ahitofel volvió a Gilo, ordenó sus asuntos, se ahorcó y fue enterrado en el sepulcro de sus padres. El conjunto de las tribus, lo que se llamaba Israel, no se obstinó en la rebelión. La tribu de Judá, que era la más culpable, fue la más reacia para someterse, pero al fin lo lograron los sacerdotes Sadok y Abiatar. Amasa siguió en su gobierno militar. El político David, durante algún tiempo, favoreció especialmente a los traidores, pues de los demás estaba seguro, pero con esto causó algún descontento. La masa de la tribu de Judá acudió al encuentro del ejército real cuando éste pasó de nuevo el Jordán, en Galgal. Semei de Bahurim, acompañado de mil benjaminitas, pidió perdón, que le fue concedido.

El asunto de Meribaal era más difícil. Este desdichado fue a Jerusalén a buscar al vencedor, asegurando que no se había arreglado las barbas ni limpiado la ropa desde la salida del rey, pero Siba seguía acusándolo. David, vacilando, repartió los bienes de Saúl entre Siba y Meribaal. Éste no aceptó una solución ofensiva, y no se sabe qué fue de él. De todos modos, parece que no volvió a disfrutar del pasado favor con David.

Barzillai el galaadita descendió también de Roglin y cruzó el Jordán con el rey para acompañarle hasta la otra orilla. Era el que había proporcionado víveres al monarca durante su estancia en Mahanaim. David le invitó a que se fuera con él a Jerusalén, donde proveería a sus necesidades; se excusó Barzillai apelando a su mucha edad y a sus achaques, y proponiendo que le acompañara su hijo Kineham, lo cual se realizó.

Efraím y las tribus vecinas no habían intervenido en la rebelión de

Absalón. Estas tribus se mostraron indiferentes a un conflicto que en su opinión no era más que una riña doméstica, pero la prisa de los judaítas por reponer a un rey que ellos mismos habían depuesto, les molestó profundamente. Se quejaron mucho de que Judá lo arreglara todo a su manera.

Un benjaminita llamado Seba intentó promover otro conflicto, diciendo que ellos nada tenían que ver con David, y tratando de disolver un reino fundado con tanto trabajo. Las tribus, en efecto, se retiraron, y algunas siguieron a Seba. Los judaítas solos llevaron a David a Jerusalén. El harén profanado por su hijo le horrorizó y mandó recluir a las diez concubinas en un lugar donde se las alimentó hasta el fin de sus días como viudas.

Se trató entonces de someter a Seba. La principal dificultad para David estribaba en que anduvieran acordes sus fieles y los rebeldes a quienes había indultado. Joab y Amasa sobretodo, estaban en gran rivalidad. El anciano rey no sabía qué hacer, y encargó a Amasa que en tres días armara a los hombres de Judá. El ensayo de movilización fue mal ejecutado. David ordenó entonces a Joab que saliera de Jerusalén con los *Kreti-Pleti* y los *gibborim* para combatir a Seba. Joab y Amasa se encontraron cerca de una piedra grande que hay en Gabaón. Fingieron la mayor amistad mutua. Joab se acercó a Amasa para besarle la barba, y al mismo tiempo le clavó la espada en el vientre. Amasa se revolcaba ensangrentado en medio del camino. Todo el mundo se detenía a mirarle. Le llevaron a un campo, le cubrieron con una capa y murió. Su tropa casi completa se unió a la de Joab, para emprender la persecución de Seba. Éste retrocedió hasta el extremo del país de Israel y se encerró en la fortaleza de Abel-Bet Maaka, que fue sitiada por Joab. Los habitantes, al ver que los rebeldes les iban a ocasionar grandes desgracias, decapitaron a Seba y echaron la cabeza de éste por encima del muro. Los soldados se volvieron a sus casas y Joab a Jerusalén.

Amasa, que hubiera podido estorbar grandemente a David, desapareció también del mundo sin que el rey interviniera directamente en ello; Joab solo era el responsable del asesinato. Ya veremos cómo David se convirtió en ejecutor de la justicia divina contra Joab, por un crimen que había resultado beneficioso para él.